

VAYA con el estrafalario nombrecito con que se presentó en la vida pública, una vez desenmascarado por la ciencia, el alevoso y solapado mosquito trasmisor de la fiebre amarilla, que, años tras años, en una serie infinita de ellos, agazapado y escondido, lo mismo en las lóbregas e infectas barbacoas de las bodegas de barrio, que en las elegantes habitaciones de los más renombrados hoteles; igual en los inmundos camaranchones de los cuarteles, que en los más saneados pabellones de las quintas de salud, despachó para el otro barrio miles y miles de robustos mocetones peninsulares y de inmigrantes de todas las clases y colores. ¡penas posaban su planta en estas tierras tropicales, por lo demás, tan hospitalarias, fecundas y codiciadas de todo el mundo!

El vómito era el espanto de Cuba. Los mozos recién llegados—dicen cuantos han historiado aquel horrible período de cientos de años—alegres, audaces, con la brillante frescura de la salud perfecta, pagaban el mayor tributo a la endemia; y lo pagaban en forma doblemente desesperante, por la juventud de los que caían y por el cuadro de impotencia absoluta de la vida en su duelo contra la muerte. La *Grini*, una bella tiple de la compañía de ópera de Sieni murió en el Hotel Telégrafo; más adelante, en el mismo hotel, otro tenor de ópera, cuyo apellido no recordamos; el gran terero Cúchares; Don Francisco Manzano, Capitán General de la Isla, y cien personalidades conocidas; acróbatas de los circos americanos, miles.

Efectivamente: se habían ensayado todos los métodos para combatir al vómito, y todos resultaban inútiles. La «cámara polar», uno de ellos, fué el más espantoso de los fracasos. Después de permanecer encerrado el enfermo en un siniestro cajón a la más baja temperatura, pasaba definitivamente al ataúd que había de llevarlo—aquella tristemente famosa «cámara polar», en la que vimos una vez, en la Quinta del Rey, del doctor Jover, congelarse un alemán atacado de la «fiebre», igual que si fuese un salmón en una nevera—, y como ese cien tanteos y pruebas ineficaces que desesperaban a las eminencias médicas de aquel tiempo, entre las que recordamos a los doctores Desvernine, Bango, Argumosa, Cabrera, Cuba, Clairac, Lebrede, Benito Valdés, Plasencia, el padre, Bruno Zayas, Gutiérrez—el de la volante—, Jover, el director y dueño de la Quinta del Rey, Cámara, Casuso, Adolfo Reyes, el glorioso otogenario especialista del estómago, Ildefonso de la Maza, y todo el cuerpo médico, en fin, de la época, que se declaraba impotente ante la terrible, misteriosa y traidora enfermedad. Ponia espanto en el alma ver desaparecer en lo más florido de sus años a aquellos muchachones que desembarcaban de los vapores correos españoles; y eran repartidos después entre los almacenes del comercio, ávidos todos ellos de trabajar con ahínco y labrarse en lo porvenir una posición económica...

El ático escritor Enrique Hernández Miyares, autor más tarde del célebre y zarandeado soneto «La Más Hermosa», escribió y publicó por entonces una senalada obra que obtuvo un gran éxito. «El Señor Alcalde» en la que pintada aquellas esperanzas tronchadas en flor. Describía Enrique en su crónica, uno de aquellos pintorescos carretones en que iban hacinados los «Pachos», recién sacados de abordó, con sus boinas, sus burdos y calurosos trajes de pana, sus chapas rojas en las mejillas y el tosco baúl de madera al pie, bajo la férula de un «Pachón», ya curtido y hecho al país, el cual, mediante una lista que portaba, los iba repartiendo por los almacenes y bodegas de la ciudad a que venían consignados, como —era la frase— «cochinitos de Noche Buena».

Un chusco que pasaba decía al verlos: —¿Lo ven ustedes? Bueno; pues de aquí a unos años, todos capitalistas; y el que menos, «Señor Alcalde de la Habana».

Sólo que—¡ay!—al mes escaso, el «Señor Alcalde» caía víctima del maldito vómito negro; y era sacado de la trastienda de la bodega en un modesto ataúd forrado de negro paño y conducido a «San Antonio Chiquito».

¿De dónde salía el vómito negro? ¿En

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS

EL STEGOMYA CALOPUS



qué oscura madriguera se incubaba el bormo traidor, asesino de tantas vidas? Se supuso, y no sin razón, que el nacimiento de trastos viejos en las casas y el amontonamiento de basuras en los solares yermos, podían ser los incubadores de la terrible enfermedad; y Mr. W. C. Gorgas, que era el encargado en 1900 de la Sanidad Americana, dictó en el acto las más drásticas medidas para acabar con los numerosos y nauseabundos focos nocivos que infestaban la población de la Habana.

Con tal justicia y severidad se llevaron a cabo aquellas disposiciones; y tan limpias de basuras y atrabancos quedaron las casas todas, que se hicieron necesarios nada menos que treinta y pico de años para que volvieran a llenarse otra vez de ellos; y se pusiese nuevamente en uso inmediato el salvador procedimiento, como se recordará que lo hizo meses antes de su muerte el inolvidable Jefe Local de nuestra Sanidad, el doctor López del Valle.

En la tragi-comedia por que acababa de pasar Cuba en 1900, aquello de la desinfección de las casas, los almacenes y los solares de vecindad, fué la consabida nota cómica que no falta nunca ni aún en los más serios trances de los países y las ciudades. Dice el refrán que parientes y trastos viejos, pocos y leños; pero allí no fueron pocos, sino que no quedó ni uno solo para remedio...

No es raro encontrar personas que quieran a sus muebles tanto como a sus deudos y animales. La costumbre, que en este caso se disfraza de cariño, hace que una mesa escritorio o un banco de trabajo nos parezca nuestro hermano más cariñoso; y que el sillón, donde acostamos a reposar y descansar de nuestras molestias y fatigas, se nos figure nuestro más ferviente y servicial amigo. El hábito es una segunda vida y un compañero inseparable; y esos muebles inanimados tienen, no cabe duda, un alma que la costumbre de los años ha venido casi a hacer gemela de la nuestra. Aquellas exclamaciones que, acompañadas del más sincero y copioso llanto, lanzaban algunas mujeres al serles arrebatados por los empleados de la desinfección, los muebles que ellos creían estar dentro de la orden de recogida, demostraban con elocuencia el apego que aquellas les tenían.

—¡Ay! ¡Ese es el sillón en que murió

mi abuela!—lloraba una jovencita.
—¡Ese es el lugar de bañar el perro!
—¡clamaba una señora.
—¡Muchachos!— decía a lo mejor una vieja, suplicante— en esa mesa coja es donde me gusta mi tomar el café con leche por la mañana!
—¿Y no lo puede usted tomar en otra parte?
—preguntaba el encargado.
—¡Ay! no hijito!— contestaba aquella— no me sabe igual.

Y luego, no se puede negar esa «compañía de la vista», esa costumbre de mirar siempre una misma cosa y en un mismo sitio. Si a los habaneros les Morro de donde estamos quedariamos como si tal cosa; y que no sufriríamos una operación en nuestro organismo? Pues esas les pasa a ciertos seres con el escapate viejo, por ejemplo, que desde años más años están acostumbrados a ver el baúl destartado, sobre el que se sientan desde niños. La costumbre hace que al espíritu que al culto de las antiguas tradiciones. He ahí músicos que no pueden instrumentarse; esos albañiles que no pueden ser albañiles en el trabajo sino con sus misuchuchas; esos escritores que no se avienen a escribir sino con la misma pluma; y esos que vienen llenando sus cuartillas desde hace una caterva de años... —Servidor de

Pero volvamos a Mr. Gorgas y sus carros de la desinfección de 1901. Desde que las gente «otra cuadra», en los desalojados y curiosos callejeros suraba a poner algún escondido artefacto que deshectante degüello.

—¡Eso es un abuso!— gritaban unos, al verse desposeídos de tanta inútil basura.
—¡Y para eso nos hicieron libres!— vociferaban otros.

No eran escasos los que llegaban a profetizar este insulto: —¡Mejor estábamos antes!
Pero los Heroles de la desinfección hacían caso omiso de tales lamentaciones; y llevaban adelante su obra, tan científica como humanitaria, amontonando ca-

ros y más carros de sillas defondadas; de cojas barras de catres; de abolladas y sucias bañaderas de latón; entonces en uso; de armarios sin puertas y de puertas sin armarios; de roñosos y agujereados vasos de noche esmaltados; de revecidos palanganeros de hierro que no servían más que de estorbos; de mesas, de sillones, de cacharros; de bombines viejos y empolvados; de inútiles «botines» llenos de verdín de los rincones húmedos; de escobas viejas; de cajas de cartón viejas; de marcos de espejos sin espejos y de trozos de espejos sin marco; todo bamboleándose en los aitos caramillos que iban formando en los carros los incansables despojadores, más odiados mil veces que el propio Atila si volviese a aparecer con sus elefantes, aríetes, catapultas y salvajes legiones de saqueadores y asesinos.

La verdad que no podía imaginarse que hubiese tanta basura almacenada en nuestras casas. El hecho indiscutible fué que con aquella limpieza mejor notablemente el estado sanitario de la población; y que el doctor Finlay, matando mosquitos por la derecha; Mr. Gorgas recogiendo taracos viejos por la izquierda; y más tarde el doctor Enrique Núñez dando leña por la izquierda y por la derecha, acabaron con la fiebre amarilla y con las demás de todos los colores que desde hacía años y siglos venían segando a la población indefensa. Los autores cómicos vernáculos aprovecharon el asunto para sus sainetes y pasillos. En «Alhambra» estrenó Saladrigas un sainete titulado «La Desinfección», que hizo largar las tripas de risa al propio Mr. W. C. Gorgas; y no hay para qué decir que los anónimos Puccinis callejeros sacaron su correspondiente rumbita, entre las que se hizo la más popular aquella que cantaba:

¡Ay! Asunción;
recoge el latón,
que ya viene por Crespo
la desinfección.

No se daba, a pesar de aquella razzia sanitaria, con el origen de la terrible enfermedad. Algo pudo atenuarse sin embargo con aquella limpieza llevada a cabo sin consideración ni respeto para nadie; pero el vómito seguía haciendo de las suyas. La ciencia, guiada por los trabajos que llevara a cabo hacia los años 1853-54 etc. el doctor Luis Daniel Beauperthuy, afirmando que los mosquitos eran propagadores; de la fiebre amarilla y sosteniendo su hipótesis con lógicos argumentos que se creyeron «descabellados», seguía impertérrita sus estudios, hasta que el doctor Finlay, modesto médico cubano—tan modesto que se escurria entre la multitud, gacha la cabeza, para que no lo reconocieran—mantuvo las afirmaciones de Mr. Beauperthuy; y estudia que estudia y analiza que analiza, dió con el malvado «stegomya» que había causado tanto dolor y derramado tantas lágrimas.

Mr. Wood, gobernador entonces de la Isla, nombró una comisión especial para que estudiara el asunto, compuesta de los doctores Walter Redd, Jess W. Lascar, James Carroll y Aristides Agramonte, y tras profundas y atinadas observaciones proclamaron la gloriosa victoria científica del ilustre médico cubano doctor Carlos J. Finlay. La prueba y la verdad definitiva no se alcanzaron sino con el sacrificio, como sucede en todos los órdenes de dos héroes de la ciencia: el doctor Carroll, que contrajo la enfermedad por contagio con varios atacados; y el doctor Lassear, que se dejó picar por un mosquito de los que se estaban analizando. Pocas horas más tarde cayó Lassear con la enfermedad y murió de ella a los pocos días; contaba 34 años. ¡Qué cacho de hombre, ¿eh? Como dice la lápida erigida a su memoria en «Jones Hopkins Hospital»—«Con más valor y devoción que el soldado, arriesgó y perdió la vida, deseoso de demostrar cómo los estragos del terrible mal podían evitarse».

¡Fué entonces cuando verdaderamente surgió Cuba feliz (bella y rica, descubierta ahora por Finlay y sus compañeros, como lo había sido siglos atrás por Cristóbal Colón y los Pinzones!

De los análisis llevados a cabo por el doctor Finlay y sus esforzados ayudantes, se obtuvo la descripción física del malvado «stegomya calopus»; que es la siguiente: «No puede confundirse fácilmente con otros de sus afines. Tíese sobre el tórax unas líneas blancas a manera de lira—¿será un poeta de vanguarda.

(Continúa en la Pág. DIECISEIS)

PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA